

*Entreflores*, es el acertado título de la nueva exposición de Begoña Luaces, un título que nos introduce inmediatamente al estado estético y psicológico que inducen estos hermosos lienzos, que atraen nuestro punto de vista y nuestra emoción, no solo sobre las grandes flores que los pueblan, sino hacia los marcados resquicios de vacío que las envuelven. Una invitación a descubrir la profundidad de ese espacio suspendido y atemporal que la pintora coloca *entre* sus flores, que nos incita a entrar en el lienzo, para compartir la sensualidad meditada de su arquitectura y de sus formas.

En esta exposición, los grandes, hipnotizantes pétalos de las flores de la pintora, gracias al uso generoso del color y del pincel, se vuelven el centro visual y casi táctil del lienzo. Pero la densa textura de la flor es contrapuesta, en un buscado equilibrio, con la levedad de hojas transparentes, de fondos reducidos y rasgados artesanalmente, hasta casi desaparecer en algunos puntos. Esos son los velos impalpables, incorpóreos, ligerísimos, que dejan entrever otro fondo más allá del lienzo, de suerte que la mirada, en principio atrapada por la fuerza de la flor, descubre algo intangible que está detrás y al mismo tiempo *entre* su marcada contundencia.

Este es uno de los rasgos más sobresalientes de la pintura de Luaces, que la artista ha trabajado en estos años incorporando a sus obras anteriores una cada vez mayor exigencia técnica, y sobre todo una cada vez mayor seguridad en la combinación cromática, que es aspecto consustancial y relevante de su obra y que adquiere en estas flores un protagonismo especialmente significativo y unos logros sin duda admirables. En estos cuadros, hay además una madurez que ha guiado a la pintora en su búsqueda de nuevos temas y formas de expresión y que la ha llevado al acierto de la elección del motivo floral, relacionado *in limine*, como siempre en su pintura, con la feminidad y con ese Oriente que biográfica y estéticamente le es tan cercano.

En esta exposición Luaces nos propone un juego perceptivo de alejamiento del modelo original, como si la pintora hubiese querido ironizar y al mismo tiempo renovar completamente el valor de unas flores, que bien miradas, son creaciones hechas a base de abstracciones y detalles, sin que ningún lienzo reproduzca miméticamente un modelo natural en sentido preciso y estricto. Amapolas anaranjadas y erguidas, inquietantes e inmensos brotes que recuerdan la flor del algodón, ramos de almendro de color improbable, flores híbridas que nos evocan las camelias, los lirios, las azucenas, las peonías, las begonias pero que, a la vez, no son realmente ninguna de esas flores. Sin embargo, sus formas sinuosas, su color e intensidad llevan hasta la extenuación el simbolismo de la flor, su poder evocativo, su capacidad de sugestión y la más natural de sus virtudes: su función ornamental y embellecedora.

Para Begoña Luaces, el arte consiste esencialmente en rellenar el espacio del lienzo de un modo hermoso y en esta exposición ese espacio es sobre todo el de los fondos, cuidadosamente preparados y conscientemente elegidos. Es su importancia en el conjunto de la composición, lo que determina el efecto visual de un doble plano: el dominante e inmediato que ocupa la flor, y el secundario, pero esencial del fondo, complementario y a la vez opuesto. La combinación entre ambos que la pintora busca, no es solo de color sino más aún de textura: la densidad del óleo de las flores, destaca así casi como un volumen sobre el fondo, rebajado en intensidad, del lino, del pan de oro y plata, de los azules aguados, de las múltiples soluciones a las que Luaces recurre para crear ese efecto tridimensional y volumétrico que sus telas adquieren. Para ello la pintora ha buscado materiales insólitos y arriesgados, como el pan de cobre o el envejecido papel de un periódico oriental, semioculto tras un leve y transparente volcado de malva del que nacen ramos horizontales de camelias apenas sostenidas por grandes ramas tubulares, que se van esparciendo hacia un horizonte vertical.

Al color y a las texturas se une así la cuidada y laboriosa composición en la que las flores son pintadas desde ópticas inusuales: ramas que entran en el lienzo de forma incompleta, pétalos recortados que terminan con el final físico de la tela, grandes campanillas en escorzo, varas que surgen de una tierra ausente. Las flores de la pintora refuerzan, en la extrañeza de la composición, su irrealidad y su voluntad evocadora. Son retazos de flores pintadas como en una instantánea, observadas y captadas por un pincel que fija los caprichosos arabescos de sus movimientos en el espacio, de su presencia densa y a la vez sutil en los recodos de nuestra imaginación. Son esas las grietas impalpables que dejan huir la impactante sensación visual de estas flores hacia unos contextos abstractos, interiores en los que reconocemos la superposición de mil percepciones aisladas, la memoria de la flor que se halla arraigada en nuestro más profundo imaginario. De este surgen sin duda los colores poderosos y sugestivos de las flores, también irreales, guiños intensificados en fuerza y vivacidad respecto de cualquier modelo natural: intensos fucsias, verdes brillantes y matizados hasta la policromía, rojos coral, ocre y rosados ocultos tras azules cobalto y cremas.

La originalidad de estos colores, su dominio sobre la forma y su importancia en el conjunto del cuadro, son delicadamente compensados por la sutileza de esos fondos ya mencionados, rebajados y diluidos o, como en el caso del pan de oro y plata, transformados en contextos mágicos y ensoñados que ponen en fuga la enorme fuerza de estas flores absolutas y vivas que quisiéramos tocar y oler en nuestra imaginación y a través de unos sentidos que traspasan lo físico.

Tal vez por ello estos cuadros recuerdan inmediatamente el arte del ikebana, de ese arreglo floral que es una delicada arquitectura de formas, colores y texturas sostenidas por el vacío y que está profundamente vinculado con la meditación.

Como en esos arreglos tan cromáticos y materiales y a la vez espirituales, tan simples y a la vez tan simbólicamente complejos, los cuadros de Begoña Luaces nos inspiran serenidad, nos recuerdan la belleza atemporal de lo pequeño y humilde, y lo hacen justamente incitando a su contemplación agrandada, de su presencia en un espacio que nos cobija no solo entre, sino *bajo las flores del mundo efímero*, como quería el poeta japonés Matsuo Basho.

Aurora Conde